

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

MACIAS EL ENAMORADO.

Aquesta lanza sin falla
 ¡Ay coyotado!
 No me la dieron del muro,
 Ni la prise yo en batalla,
 Mal pecado
 Mas viniendo á tí seguro,
 Amore falso é perjuro
 Me firió, é sin tardanza;
 E fué tal á miña andanza
 Sin ventura.

I.

FAVOR POR FAVOR.

Era ya media noche.

El silencio mas profundo reinaba en los salones del palacio de don Enrique de Villena, cuando los quedos pasos de una persona se oyeron cerca de la cámara del marques.

Se hallaba este sentado en un magnífico sofá forrado de raso negro, cuyo color contrastaba siniestramente con el de las colgaduras tambien negras que rodeaban el salon, dándole un aspecto fúnebre y tenebroso, que parecia el espacio una masa oscura, condensada, luchando en los amortiguados rayos de una lámpara de plata, que apenas describia un círculo de luz de tres varas de diámetro.

En medio de este conjunto imponente de obscuridad y silencio, la raquíta figura del marqués se destacaba en el fondo de la sala, como una sombra incrustada entre aquella misteriosa nube, percibiéndose muy poco su rostro pálido y desencajado, por las vigiliass y el insomnio.

Don Enrique de Villena, marqués de este nombre, era uno de los mas poderosos personajes de la córte de Castilla en el siglo XV; pero la mayor parte de las gentes de aquel tiempo huian de su vista, porque le creian hechizado, y le citaban como el nigromántico mas temible de la época.

Efectivamente, don Enrique era dado á la nigromancia y pasaba los dias y las noches entregado enteramente á los ensayos de su ciencia, que entonces se miraba como un arte diabólico é infernal.

La noche á que nos referimos, acababa de venir de su aposento favorito, y yacia engolfado en un mar de pensamientos. Tiró la campanilla y mandó á un page que se presentó fuese inmediatamente á buscar á su escudero Hernan Perez de Vadillo. Despues permaneció pensativo hasta sentir los pasos que anunciamos al principio de esta historia, y que originaba la llegada del hidalgo que deseaba ver.

—Siéntate aquí, Hernan Perez, dijo al recién llegado, y al mismo tiempo le hacia sitio en el mismo sofá en que él se hallaba.

El de Vadillo se sentó orgulloso de verse así tan dis-

tinguido por su señor, haciéndole al mismo tiempo una reverencia respetuosa.

—¿Sabes para lo que te llamo? prosiguió.

—Decid...

—Hace un momento que Macias llegó á Andújar...

—Macias, señor!!!

—Si; trae la nueva de la muerte del maestre de Calatrava, y te llamo porque quiero á todo trance, ser el gefe de esa órden.

—Yo creo no habrá nada que os lo impida.

—¡Nada, Hernan Perez!!! ¿Te olvidas que soy casado y que un casado no puede serlo?

—¿Pero olvidais tambien vos que hay ¡bebidas que el que las prueba muere, y puñales que estinguen la vida de cualquiera!

—¡Oh! no lo olvido, no, porque para eso te mandé á buscar.

—¡A mí!!!

—A tí.—Vas á hacerme un servicio, que compensaré con la gracia que mas apetezcas; todo lo que quieras tendrás, como cumplas con la lealtad de siempre el encargo que voy á darte.

—Continuad, don Enrique.

—Quiero que ahora mismo entres en la habitacion de doña María de Albornoz, mi esposa, y que con tu puñal destruyas esa barrera que se opone al logro de mis afanes.

—¿Señor, un asesinato!!!

—¿Y qué es un asesinato, si por él tendrás á tu disposicion al marqués mas poderoso de Castilla?

En aquel momento el de Vadillo se acordó de Macias, y una alegría feroz animó sus lívidas facciones.

—Don Enrique, dijo, bien sabe Dios que solo por complaceros cometeré semejante crimen; y en seguida echando mano á la daga que pendia de su cintura, se dirigió á la cámara de la de Albornoz.

Un momento despues Hernan Perez de Vadillo se presentó ante el marqués mas pálido que nunca, y horriblemente agitado.

Ambos se miraron sin hablarse.

En aquellas dos miradas habia cierta espresion de temor, é inteligencia que hubiera impuesto al mas sereno observador.

¡Silencio terrible!

Al cabo de este silencio una sonrisa incierta se dibujó en los labios del asesino de doña María de Albornoz: centellearon sus ojos de ansiedad fijándose en don Enrique el hechicero, y se le acercó mostrándole un puñal ensangrentado y pronunciando con balbuciente voz:

—Marqués, hé aquí la sangre de vuestra esposa...

—Vadillo, que..!

—Me habeis dicho que por esta muerte os tendria á mi disposicion...

—Y bien... ¿Que queréis decir?

—Quiero decir, señor, dijo el hidalgo con visible agi-

fación y mirando á todos lados, como si le persiguiese alguna vision funesta, que si alguna vez, un hombre tratase de destruir la felicidad de mi vida y vos fueseis dueño de la existencia de ese hombre, y yo os dijese que era necesario hacer con él lo que acabo de hacer con doña María; me daríais vuestro permiso para....

— Te entiendo, Hernan Perez, favor por favor... vida por vida. ¿No es eso?—pues bien; te doy mi palabra de que cuando llegue ese instante, Macías irá á hacer compañía..

— Bien, perfectamente bien, señor; murmuró Vadillo con satánica alegría; me habeis entendido mas de lo que esperaba.

Volvió otra vez el mismo silencio.

En cada uno de nuestros personajes se podía leer el crimen que acababan de cometer: miradas perdidas y siniestras, inquietud continua y diabólica, un puñal ensangrentado en el suelo... Y todo esto á la moribunda luz de una lámpara, y todo esto entre paredes negras... cuadro infernal en fin sobre un fondo oscuro, imponente y aterrador.

Despues, como si aquellas dos personas no tuvieran voz, se miraron mutuamente, se levantaron y desaparecieron como dos sombras con direccion á la cámara de doña María de Albornoz.

¿Qué iban á hacer con el cadáver?

Lo que ignoró Andújar, la corte de Castilla y la España entera cuando se supo misteriosamente que la esposa del muy alto y poderoso marqués de Villena habia perecido.

II.

SORPRESA Y DUELO.

Elvira era una niña de ojos lánguidos y elegante cuerpo; una de esas creaciones de artista llenas de vida y animación... la mas hermosa doncella del servicio de don Enrique.

Hacia pocos meses que habia dado su mano á un escudero favorito del marqués, Hernan Perez de Vadillo, hidalgo de la villa de Porcuna. Pero este enlace mas bien fué un convenio entre su padre y su esposo que un deseo de aquella alma toda de Macías. Antes de consumarse el sacrificio de Elvira, el marqués habia mandado al jóven trovador á Arjonilla con una mision importante. Cuando tornó Macías, ya no habia remedio; ese juramento indisoluble que une al espeso con la esposa, unia á su adorada ya con otro hombre.

Al siguiente día de la llegada del doncel de don Enrique, se hallaba Elvira pensativa y sola reclinada en un sillón de su aposento. Hacia una mañana deliciosa; todo inspiraba alegría al corazón: el campo, la atmósfera, el cielo, todo en fin aparecia embellecido por un sol vivo y rutilante que derramaba por do quiera destellos de carmin y oro.

De tiempo en tiempo una lágrima resbalaba por sus pálidas mejillas, y de ilusion en ilusion pasaba las horas pensando en su querido trovador, cuando este se presentó á su vista.

— ¡Macías en este sitio! exclamó tan pronto como sus ojos le columbraron.

— ¡Elvira adorada! muger por quien deliro de amor y padezco incesantemente; heme á tus pies, permíteme que te contemple un solo instante y que por tus labios celestiales vague una sonrisa amorosa, como las que en algun tiempo causaban mi embeleso, y despues que venga Hernan Perez.

— ¡Hernan Perez! insensato! sin duda olvidas que soy su esposa.

— Todo malo han dicho.

— Ah! entonces ya sabrás porque acepté su mano.

— Si, por impedir la ruina de tu familia.

— Luego, Macías, luego que sabes la distancia que nos separa, huye de esta cámara, huye porque una barrera maldita se interpone entre nosotros.

— ¿Y que me importa esa barrera? que me importa seas la esposa de Hernan Perez? que importa todo eso á un hombre que sin tí desea morir? ¡Ay Elvira! ¡querida Elvira! ¡donde van aquellas noches de ventura en que solos en los jardines de palacio jerábamos amarnos hasta la muerte! — Ah! entonces cuán felices éramos! ¿no es verdad, Elvira?... Tu te dormias en mis brazos arrullada por mis trovas, y te despertaban los besos que en tu rostro imprimia ardiente de amor, enamorado como ninguno.

— Macías!! á qué recordar aquellos momentos, si su memoria me desgarrá el alma? Si, tienes razon, entonces yo era tuya y éramos dichosos, pero ahora, ahora otro hombre me llama su esposa, un hombre que no amo ni amaré nunca, porque este corazón que amó á Macías, no amará jamás á nadie...

— Elvira!!.....

— Oh! yo no te lo negaré, no; yo te amo y solo en la tumba se extinguirá el amor de Elvira... Ah! maldicion sobre los hombres que nos separaron el uno del otro poniendo un altar en medio!... Macías, huye por piedad! Oh! te lo pido de rodillas, primero preferiria morir antes que te viese mi esposo en este sitio.

— Que venga, que estoy sediento de su sangre!... Ay de Hernan Perez tan pronto mis ojos le divisen! Pero, Elvira, apenas hace seis horas que llegué de Andújar y ya quieres que me vaya: que me vayal cuando solo á tu lado me parecen cortos los instantes. Deja que goce un momento mas la dicha de oír esa voz que derrama ventura en los corazones, y que ledó y arrobado de placer contemple los hechizos de esa faz de ángel; y mientras el doncel la levantaba del suelo y la estrechaba con delirio entre sus brazos, un hombre entró en el aposento.

— Trovador de los infiernos!... gritó con voz de trueno sacando su espada y lanzándose al encuentro de Macías.

Al verle, Elvira lanzó un grito de sorpresa cayendo desmayada en su sillón contiguo; el doncel murmuró una imprecacion horrible y con la espada en la mano se precipitó al encuentro de Vadillo.

Entonces comenzó entre ambos rivales una lid terrible y encarnizada... un duelo sangriento del que debia resultar la muerte de los dos, segun la intrepidez y denuedo con que se atacaban y defendian. Habia llegado el momento que ansiaban y temian desde tanto tiempo; y cada uno queria beberse la sangre del otro, como si no fuesen mas que dos panteras disputándose una presa que les era mas grata que la vida.

Por lo regular cuanto mas furiosos son los combates de hombre á hombre, mas pronto se terminan; y así sucedió con el que nos ocupa.

Vadillo eesaló un ay!

Este ¡ay! débil é imperceptible era el epílogo del duelo. — El escudero del marqués habia caido muy mal herido y sin conocimiento.

Al mirarle en tal estado nuestro gallego trovador, dirigió la punta de su espada al corazón de su ecsánime antagonista: tal era el corage que le inspiraba aquel hombre, que aun le parecia poco verle vencido; y acto continuo le hubiera muerto, si la voz de don Enrique de Villena no se dejase oír cerca del aposento donde estaba.

Irritóse el marqués hasta lo sumo al comprender aquella escena, y despues de reprender agriamente á su doncel, mandó á sus soldados le llevasen preso á su castillo de Arjonilla.

III.

VIDA POR VIDA.

Cuatro meses habian trascurrido desde los sucesos que acabamos de referir, cuando una tarde el de Vadillo entró en la cámara de don Enrique de Villena, y arrojándose á sus pies le dijo:

— Señor, acordaos de aquella noche que doña María....

— Tente, Hernan Perez, dijo el maestre de Calatrava, pues entonces ya lo era don Enrique el hechicero, estreñeciéndose al recuerdo de su desgraciada esposa.

— Pues, bien, marqués; aquella noche vino á Andújar ese malhadado Macías, y ese hombre tan funesto para mí, despreciando los lazos que me unen con Elvira, entró en su habitacion y... yo no sé lo que pasó entre ambos, pero cuando penetré en la estancia donde se hallaban, mis ojos los contemplaron abrazados.

— Abrazados!!

— En seguida hubo un duelo entre el doncel y yo, del que resulté vencido.

— Y yo al saber tal, mandé prender á Macías y encerrarle en una torre de Arjonilla.

— Bien: pero no basta eso, porque aun así él escribe trovás que ella lee.

—¿Qué quieres, pues?

—Quiero que ese gallego trovador, nacido para mi desdicha, muera dentro de pocos días. Acordaos, señor, que aquella noche en que doña María pereció á mis manos, vos me disteis vuestra palabra de que...

—Te entiendo... favor por favor, vida por vida. Pues, bien, desde ahora mismo puedes matarle donde quiera que le encuentres.

—Dios os conceda su gracia, don Enrique, dijo Ferran Perez de Vadillo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿Donde vas?

—Voy al instante á atravesar el pecho de Macías.

Desapareció el escudero al decir esto, y don Enrique entró en una estancia reservada que tenia, y que segun el vulgo, era el teatro de sus conjuros de nigromántico.

IV.

LA ÚLTIMA TROVA.

El doncel de don Enrique de Villena era bizarro y de apuesto continente; trovaba como ninguno y como ninguno amaba á la bella Elvira.

Desde su mas tierna edad la poesía fué para él su Dios, su ídolo, su elemento; de modo que á los veinte años que era el tiempo que tenia cuando salió de la villa de Padrón, (1) de donde era natural, para la corte de Castilla, no tenia rival en toda su provincia.

Por recomendacion de Juan Rodriguez de Padrón, trovador de los mas famosos de aquella poca y page de don Juan II, entró al servicio del marqués de Villena en clase de doncel; y desde entonces fue cuando empezó á mirar realizadas parte de sus ilusiones de poeta.

Macías se enamoró de Elvira.

Estos amores le hicieron columbrar un mundo nuevo de encantos y placeres, un porvenir de goces y de flores; empero el porvenir de estos amores era la muerte.

Hallándose encerrado en el castillo de Arjonilla una tarde de invierno, en que el sol descendiendo á su ocaso lanzaba débilmente sus hermosos resplandores sobre la tierra, contemplaba las fantásticas figuras de las nubes que surcaban por la bóveda celeste, desde la reja de su mazmorra.

En esta contemplacion se acordó de Elvira, y trajo á la memoria la sangrienta escena que originaba su mansion en aquellos denegridos muros.

Elvira se le presentaba hermosa como siempre, y llorando su prolongada ausencia, tendida sobre el sofá en que tantos momentos la habia visto; y otras veces, solo cuando se acordaba que era la esposa de Hernan Perez, se figuraba verla en los brazos de aquel sonriendo, á los halagos que la hacia; entonces lanzaba horribles imprecaciones contra su suerte, que se perdian entre el rumor de sus cadenas.

Luego que se hubo calmado de sus arrebatos, tomó el laud, y en trova amorosa y adecuada á su situacion desventurada, cantó estas endechas que se conservan aun en un libro de canciones antiguas en la libreria del Escorial, que son las únicas que existen de él.

Catavo dá miña tristura

sá todos prenden espanto,

é preguntan, que ventura

foy que me atormenta tanto?

Mais non sey no mundo amigo

que mais deste meu quebranto

digo, disto que vos digo,

que veu sey nunca debía

al pensar que faz solia.

Cuidey sobir en alteza

por cobrar mayor estado;

é cain en tal pobreza

que morro desamparado;

con pesar é con deseyno,

que vos direy mal fadado

ó que é eu ben ó vexso

cando loco cain mais alto

sobir prende mayor salto.

Pero que pobre sandece

por que me dou apesar,

mina doudura ansi crece

é morro por entonar;

pero mais non á verer

si non ver é deseyar

é por en ansi direy:

quen na carcel sole viver

rea cárcel se vexsa morrer.

Miña ventura en demanda

me puso á tanta dudada

có ó meu corazon me manda

que seya siempre negada;

pero mais non saberan

de miña coyta lazdrada,

é por en asi dirán:

can rabioso ó cosa braba

do seu señor sey que trava.

Aun no habia concluido la última estrofa de su canto, cuando una lanza que le arrojaron con ímpetu á la reja, le atravesó de parte á parte sin cesar ni un ay, ni un suspiro, no oyéndose en aquel momento mas que el ruido de su cuerpo al desplomarse y el de las cuerdas del laud al hacerse mil pedazos en el duro pavimento.

Un instante despues un hombre de siniestra catadura entró en la prision, y dando con el pié al ensangrentado cadáver del cantor, soltó una carcajada de gozo que repitió el eco de aquella tumba de los vivos: era Hernan Perez de Vadillo, el hidalgo de Porcuna, que no pudiendo matar á su rival cara á cara, tuvo que hacerlo á traicion como un cobarde que era.

Tan pronto Elvira supo la muerte de su amante, desapareció del palacio de don Enrique el hechicero, sin que se llegase á saber mas de ella. Varios escritores refieren su fin de distinto modo: unos que murió encerrada en un convento, y otros loea y abandonada.

El doncel de don Enrique de Villena fué enterrado en la iglesia de santa Catalina de Arjonilla, á donde se condujo en hombros de los cabrileros mas principales del pais. Colocaron sobre su sepulcro la *sanguinta* del esposo de la infeliz Elvira y se grabó sobre él la sentida trova que va puesta al principio de esta lamentable historia. Poco tiempo despues desapareció esta poética inscripcion y le sustituyó la que en el dia aun puede verse sobre la losa de la tumba.

Aqui yacc Macías el enamorado.

V.

MACÍAS Y LARRA.

Desde entonces los amores de Macías se hicieron proverbiales en España; y su figura se destaca colosal allá en el fondo de la edad media española, presentándose á nuestra vista como el tipo mas completo de los amorosos donceles de aquellos tiempos.

Figaro se aprovechó de esta crónica del siglo XV y compuso de ella un excelente drama. Poco tiempo despues compuso tambien de la misma esa hermosa novela en cuatro tomos. *El doncel de don Enrique el doliente*, que sin disputa es una de las mas bellas que de su género se publicaron.

Entre Macías y Larra habia dos puntos de contacto, cierta coincidencia estraña que ponía sus vidas en parangon. Macías era poeta y amaba á una casada, Larra era tambien poeta y amaba á otra: estas dos esposas causaron la muerte de entrambos.

Figaro conoció que el signo de Macías era el suyo, y por eso escribió tanto de esta crónica que á ella le debe su mas hermosa corona literaria. La vida del doncel de don Enrique de Villena fué para Larra, lo que la tradicion del zapatero de Sevilla para el autor de *Sancho Garcia*, lo que la tradicion de Alfonso Perez de Aivero para el autor de *Don Ramiro*.

BENITO VICETTO Y PEREZ.

(1) Galicia.

Lágrimas perdidas.

Aunque dolor sientas,
hermosa, no llores,
que achaque de amores
no cura el llorar.

En vano atormentas
tus húmedos ojos,
gemidos y enojos
se aumentan al par.

Tu mente en mal hora
creyó de provecho
sentir en el pecho
la llama de amor:

Y al ver que devora
templarla querrias,
y bien que porrias
no mengua su ardor.

Creiste era gloria
y calma serena,
sin ver la cadena,
ni la tempestad.

Y apenas victoria
tu labio cantaba
ya gimes esclava
por la libertad.

Soñaste un camino
de flores cubierto,
y en medio el desierto
ahora te ves.

Y lloras contino
queriendo volverte,
mas para moverte
flaquean tus pies.

¿En donde está el día
que por la pradera
triscabas ligera
sin yugo de amor?

La memoria impia,
con el bienausente,
del mal que se siente
duplica el dolor.

Tu antiguo contento
prevés ya perdido,
y pides olvido
por todo placer;

Y á cada lamento
que das sin acuerdo
renace un recuerdo
que inflama tu sér.

Oh! deja entre tanto
al tiempo que vuela,
que quien te consuele
el tiempo será.

Su curso y no el llanto
estingue ese fuego,
y el dulce sosiego
volverte podrá.

Tu inútil angustia
no creas eterna,
con penas alterna
risueña la paz.

No llores que mustia
tu faz deja el llanto,
y eclipsa su encanto
sobrado fugaz.

Luceros del cielo
tus dos ojos eran,

y hoy no reverberan
su luz virginal,

Que injusto tu duelo
sus brillos empaña,
cual soplo que baña
la tez del cristal.

La lluvia improvisa
que la nube arroja
las flores deshoja
honor del jardín.

Asi la sonrisa
que en le labio brilla,
asi en tu mejilla,
perece el carmin.

Ah! niña inocente,
tus párpados seca,
tus lágrimas trueca
en suave esplendor.

Que el lloro inclemente
párese al agua
que moja la fragua
y aviva su ardor.

No engastes de perlas
tus ojos azules,
no mas acumules
riqueza tan cruel.

Que pena da verlas
á quien feliz fuera
si de ellas cayera
solo una por él.

1834

TOMAS AGUILÓ.

Suscripciones abiertas en la librería de Rullan, hermanos.

MIL Y UNA NOCHES ESPAÑOLAS. (Edición de lujo.)
Colección de leyendas, hechos históricos, cuentos tradicio-
nales y costumbres populares.

El objeto de esta publicación es dar á conocer las glorias
nacionales, las antiguas y modernas costumbres de España,
la influencia que estas han tenido en los trastornos políticos
y en las revoluciones morales que se han sucedido en ella,
y por último las creencias y fábulas tradicionales creadas
por la superstición ó por la exigencia de cada época. Se ha
dado á luz la primera y segunda entrega.

Se publica por entregas semanales de 16 páginas en 4.^o
de esmerada impresión é ilustradas con grabados de nues-
tros mejores artistas, intercalados en el texto.

El precio de suscripción es 10 rs. al mes, 30 por trimestre
58 por semestre y 114 al año.

LOS CONVENTOS por *MM. Louis Lourine y Alfonso
Brot.* Su origen.—Su historia.—Sus reglas.—Su disciplina.
—Sus costumbres.—Sus tipos.—Sus misterios.

Editores P. Madox y L. Sagasti.

Precios de suscripción.

Cada pliego de 16 páginas en 4.^o francés, de excelente pa-
pel y esmerada impresión, con grabados intercalados en el
texto y tirados aparte, 2 rs. y medio. Cuando se dé una lá-
mina grande con el texto, este tendrá solo 8 páginas.

**DICCIONARIO GEOGRAFICO-ESTADISTICO-HISTO-
RICO** de España y sus posesiones de Ultramar. Por *Pis-
cual Madox.*

Se publica esta obra por entregas, de 32 páginas de esce-
lente tipografía y papel en 4.^o mayor. A los que prefieran
recibirla por tomos se les dará encuadernada con lujo á la
holandesa, poniendo en el lomo de cada tomo el nombre y
apellido del suscriptor, *sin aumento alguno de precio.*

Cada entrega costará en Madrid y provincias 6 rs., lle-
vada á las casas de los señores suscritores.

Se ha dado á luz la primera y segunda entrega de esta obra